

EL PEQUEÑO EMMANUEL

Por Juan Emmanuel Leños López

Las vísperas de Navidad habían llegado a mi ciudad, sentía un gran vacío en mi interior, mis padres habían muerto y mis hermanos se encontraban muy lejos de mí. Entonces, decidí salir a caminar por las calles en busca de algo para cenar, pero, para mi mala suerte todo estaba cerrado. A lo largo del camino veía cómo las familias se reunían en sus casas para cenar y celebrar la Navidad, mientras que yo sólo podía recordar las felices navidades que pude vivir con mi familia.

De regreso a casa en un parque cercano había un niño de algunos ocho años de edad; estaba ahí sentado, al parecer estaba solo ya que no había nadie a su alrededor. Noté algo raro, más sin embargo decidí irme a casa y no molestar, tal vez el pequeño estaba esperando a alguien o simplemente había salido a tomar aire.

Entonces, entré a mi casa y como no encontré nada para cenar me dispuse a dormir, me dirigí hacia mi habitación y a través de mi ventana vi nuevamente al pequeño, seguía ahí, estaba solo y en medio de la noche. Sentí en mi interior algo de compasión por él, porque, siendo muy pequeño aún, estaba solo en noche buena, igual que yo.

Salí de mi casa, caminé rumbo al parque y me acerqué al pequeño preguntando:

—Buenas noches, pequeño. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde están tus papás? ¿Estás esperando a alguien?

Entonces, el niño se levantó de aquella banca, me abrazó y se soltó en llanto:

—Señor, me he perdido, ayúdenme a regresar a mi casa con mis padres, ¡se lo suplico!

—Tranquilo, pequeño, dime ¿cuál es tu nombre? —pregunté.

—Yo me llamo Emanuel —respondió el niño.

—Muy bien, Emanuel. Yo soy Francisco. Y claro que te ayudaré a regresar a tu casa con tus papás, que de seguro han de estar muy preocupados por ti, pero, ¿sabes o recuerdas dónde vives?

De pronto, el pequeño sacó de su pantalón una invitación a una cena navideña que contenía una dirección cercana al centro

de la ciudad, estaba algo lejos, y ya era noche, pero pensé en los papás del niño, así que le dije:

—Está bien, Emanuel, te llevaré con tus papás, que muy seguramente la han de estar pasando muy mal porque no te encuentran; ven, vámonos.

Emprendimos nuestro camino, yo no tenía nada que ofrecerle a Emanuel, ni siquiera algo de cenar o un auto para llevarlo con sus padres, solo mi corazón que hacía empatía con la situación que él vivía. Mientras caminábamos por las calles solitarias de aquella ciudad le pregunté:

—Oye, ¿cómo es que te has perdido?

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que necesitaba encontrarte —respondió.

—Pero, ¿qué dices? ¿Cómo que necesitabas encontrarme? ¿Para qué?, o ¿por qué? —sorprendido y lleno de confusión, respondí.

—Haces muchas preguntas y no sabes que las respuestas están a tu alrededor.

—Pero, ¿qué?, no entiendo, explícame, pequeño.

—No te preocupes, Francisco, cuando lleguemos a la dirección que te di, encontrarás todas las respuestas que necesites —dijo.

Aunque me sentía con mucha inquietud por lo que Emanuel me había dicho, decidí no preguntar más, tal vez sólo era un juego de niños que yo no entendía, lo que sí, es que me dio mucha confianza seguir caminando con él rumbo a la dirección que me había dado.

De pronto, en una de las calles que estábamos por cruzar nos encontramos con un hombre que vestía un traje negro, se veía muy elegante, estaba rodeado de riquezas, dinero, joyas, inclusive brillaba más que el oro, pero en su cara y su mirada se veía una tristeza muy profunda, como si todo lo que él tenía no lo satisfacía.

—¿Ves a ese hombre? —preguntó Emanuel.

—Claro que sí, ¡mira nada más, lo tiene todo!, quisiera ser él.

—Apuesto que él no quiere ser como es.

—¿Qué dices? Él lo tiene todo, no le hace falta nada —respondí.

—No lo tiene todo, le hace falta algo muy importante...

—¿Qué? —pregunté.

—Cariño —respondió Emanuel.

Y seguimos caminando. Sin duda el pequeño era muy inteligente porque a su corta edad era capaz de distinguir lo bueno

de lo malo; logró dejarme pensando sobre lo que realmente estaba haciendo con mi vida, yo no tenía tanta riqueza como aquel hombre, pero mi vida era algo similar a la suya, me hacía falta el «cariño» no lo tenía ni de mi parte y mucho menos de los demás.

Algunas cuadras después nos topamos con un grupo de vagabundos, había hombres, mujeres, niños, niñas y hasta bebés; dormían sobre cartones viejos en las frías banquetas de las calles, algunos tenían ropa muy sucia y desgastada y su apariencia se veía muy mal.

—Ellos viven una situación diferente a la del señor rico. Ellos no tienen nada, y no hay quien se preocupe por ellos —comentó Emanuel mientras avanzaba.

En mi mente pensé:

—¡Cielos!, ellos al igual que yo no tienen a quién acudir cuando lo necesitan.

Seguimos avanzando y comencé a recordar a mis padres, las cenas de Navidad que compartimos juntos, los regalos que de pequeño me dieron y todos esos buenos momentos que ya no iban a regresar jamás. No lo voy a negar, las lágrimas brotaron de mis ojos, pero fingí que no pasaba nada.

A lo lejos vi un gran destello blanco, estábamos cerca del lugar en donde Emanuel se encontraría con sus papás. Entonces, cerca de nosotros pasaron tres personas que simplemente con las expresiones de sus caras daban la sensación de estar muy frustradas, entonces le dije a Emanuel:

—¿Qué hay de esas personas? —pregunté dudoso.

—¡Ah!, verás, son personas que viven frustradas porque no viven y no tienen la vida que ellos quieren, siempre tratan de complacer a los demás, pero jamás a ellos mismos.

—Pero, ¿por qué? —respondí.

—Esas personas no viven su vida, sino que viven la vida que los demás quieren que ellos vivan, un claro ejemplo eres tú. Dime, ¿hace cuánto no sonríes?

—Pues...tienes razón, la vida que yo vivo no es la que yo quiero, no soy feliz, vivo en la soledad, no tengo el cariño de nadie, ni siquiera de mí mismo, nadie en este mundo se preocupa por mí, y sí, vivo con frustración de aparentar felicidad ante los demás y que ellos me perciban como ellos quieren.

Emanuel voltea a verme y me dice:

—Francisco, desde siempre he sabido lo que sientes, lo que vives y lo mal que la pasas, siempre he estado contigo. Pero, ven, estamos cerca de llegar, necesitas verlo con tus propios ojos —me respondió.

Si antes ya estaba confundido, ahora lo estaba más, ¿quién era ese pequeño llamado Emanuel? ¿Cómo sabía tanto de mi vida? ¿Por qué me hizo ver mi horrenda vida desde los demás? ¿Qué es lo que quería de mí? Y las preguntas crecían más en mi cabeza conforme caminábamos y nos acercábamos al lugar donde sus padres estarían.

Finalmente llegamos a ese lugar, tanta era mi sorpresa que no tardé en pensar que todo lo anterior era una broma. El lugar a donde aquel niño me llevó fue a una iglesia, ¡sí, a una iglesia! Desde que mis papás habían muerto jamás volví a entrar a algún lugar como ese. Ni de chiste.

—Listo, hemos llegado —dijo Emanuel con una gran sonrisa en su rostro.

—¿Seguro que es aquí? —pregunté.

—Claro que sí —me respondió.

—Bueno, entonces busquemos a tus papás, han de estar muy preocupados por ti —le dije algo apresurado.

—No, no, quien necesita encontrarse eres tú, por eso hemos venido a este lugar.

—¿Qué dices? No, yo no necesito encontrarme con nada ni nadie —respondí algo molesto.

—Por supuesto que sí, entra, ahí te encontrarás —me dijo señalándome la iglesia que estaba adornada con muchas luces y cosas navideñas.

Sinceramente lo dudé mucho, tenía muchas preguntas que me impedían entender lo que había pasado, sentía miedo por lo que podía pasar ahí adentro. Durante algunos minutos lo pensé, pero finalmente me decidí por entrar.

El lugar era muy bonito no lo niego, el silencio era notable y se percibía una paz que hace ya tiempo no sentía. Cerca de mí estaban todas las personas que durante el camino había visto, estaba el señor de traje negro, pero sin sus riquezas, también se encontraban ahí los vagabundos con ropa limpia y con una mejor apa-

riencia, pero lo que más me sorprendió fue ver a las tres personas frustradas con una cara de paz, de tranquilidad inexplicable.

Inesperadamente, el pequeño Emanuel se acercó a donde yo estaba y me dijo:

—¿Te has dado cuenta que no eres la única persona que sufre en este mundo? El mundo actual vive en soledad, los que lo tienen todo no tienen nada, existen muchas personas que necesitan de los demás, pero los demás no se preocupan por ellos. Las riquezas son cosas materiales que nunca llenarán el corazón de las personas; lo mejor es dar de corazón todo lo que tengas a quienes lo necesiten, y ayudar a los necesitados, eso realmente llena los corazones. Querido Francisco, ¡ese es el verdadero sentido de la Navidad!

Sin duda, el pequeño Emanuel había llegado a mi vida en el momento que más lo necesitaba y, pese a que era un pequeño quien me hablaba, logró dejar en mí grandes reflexiones de vida, era esa «la luz de Navidad» que mi vida necesitaba.

—Sabes, Emanuel, ¡quiero reiniciar mi vida!, quiero ser mejor y hacer todo lo que tú me has dicho, quiero sentirme feliz y satisfecho con lo que soy y dar mi ayuda a todos los que lo necesitan —comenté con una gran sonrisa.

—¿Y qué esperas, Francisco? Este es el momento —me respondió.

En seguida sentí como si el tiempo se detuviera, de ser ya noche pasó a ser de día, era Navidad, estaba en aquella iglesia donde me había encontrado a mí mismo. A mis lados había muchas personas que al igual que yo su vida era frustrante y la soledad era su más grande compañera. Logré ver a aquel señor de traje negro, a los vagabundos y a las personas que en sus rostros reflejaban mucha frustración, pero también había más personas a mi alrededor. Todos estábamos frente a un portal donde estaba la figura del niño Jesús acostado en una humilde cuna de madera con paja y a sus lados estaban sus padres, María y José, por fin había logrado llevar al pequeño Emanuel con sus papás.

Un ángel que estaba arriba del portal cargaba un letrero que decía:

«Por tanto, el Señor mismo les dará esta señal: Una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel (Dios con nosotros)».

Ese pequeño que todos veíamos en aquella humilde cuna era Dios mismo, era Emanuel, aquel niño al que yo había encontrado esa noche en mi soledad y que me guió a encontrarme conmigo mismo y ver por medio de los demás mi desastrosa vida. En ese momento no me quedó ninguna duda de que él siempre había estado y estaba con nosotros y era él quien nos había dado otra oportunidad de vida para ser diferentes, pero también para ayudar, ver, proteger y preocuparnos por el prójimo.

Para concluir, entendí que el pequeño Emanuel era Dios mismo y que siempre ha estado conmigo. Mi pequeñez no me permitió entender en ese momento el mensaje que él quería darme y que quien realmente estaba perdido era yo, y que era yo quien necesitaba su ayuda. Esa gran noche tuve la oportunidad de conocer, caminar y hablar con Dios, algo que nunca me puede imaginar, ni que jamás había pedido vivir, pero eso sí, lo necesitaba muchísimo para poder darme cuenta que mi vida tenía que cambiar y entender el verdadero significado de la Navidad.

Definitivamente esa noche jamás la olvidaré y será por siempre la mejor Navidad de mi vida.